

La poesía de Jorge Artel

POEMA DEL CORAZON CAPITAN

*Un día de estos iremos
por los caminos del mar...
Y en nuestra nave de ensueños
tú, corazón, capitán!*

*Corazón sediento, corazón pirata,
levanta ya tus velas
y ponte a navegar.
Tal vez tras esos mares
nos aguarda la orilla
o el incógnito puerto
donde quisiera anclar.*

*No dejes que madure
esta angustia en mis ojos,
tendidos como flechas
sobre el grito del mar.
No aguardes a que mueran
tu sed y mi fatiga
que alimenta la fiebre
de viajar y viajar!*

*Apresta ya tus fuerzas,
corazón capitán.
Un día de estos iremos
por los caminos del mar,
un día claro y luminoso
tu antigua sed calmarás,
tu sed que es honda y amarga
como la sed del mar!*

*Sobre un tapiz de estrellas
yo iré en la noche del mar.
Un viento loco y gigante
mi canto habrá de llevar.*

*Despertaremos las rutas
inéditas de un puerto
donde exprimir la vida
como un racimo de paz.
Hemos de llegar un día
por los caminos del mar!
Un sol de triunfo en mis manos
como un faro ha de alumbrar
y en nuestra nave de ensueños
tú, corazón capitán!*

(Del libro inédito: *Un marincero canta en proa*).

EL ITINERARIO JUBILOSO

a: *Rafael Hernández*

a: *Luis Palés Matos*
fraternalmente.

*Nadie podrá decir
que no solté mis guacamayas
bajo los cielos luminosos;
que no inventé mis siete mares
—enigmáticos, remotos—
y un cauce de jarcias y de voces
para tripular las ansias marineras.*

*Nadie podrá decir
que no amasé las horas
—endurecidas en múltiples vertientes
por la piedra y el sol,
la ceniza, el fuego, la intemperie—
con el polvo de pávidos caminos
donde flotaban lentas ciudades de sombra,
puertos expectantes
de sonámbulas banderas,
y una sonrisa fértil
como los labios de la tierra.*

*Simbad alucinado,
joven Barba-Roja
que hubiese perdido su trapo tenebroso,
sus corsarios soeces y forzudos
—entre los cuales alguno tenía pata de palo—
yo adiestré mi corazón
para que fuera un buen perro de mar.*

Mientras la voz del viento
y el mapa azul de las estrellas
abarloaban los sueños,
soleadas Martinicas,
cantos tallados en bronce,
islas melodiosas de brea y ron,
aires de tabaco,
me envolvieron en su aroma de acordeones...

Santo Domingo —murallas de silencio—
donde el Caballero de la Virgen duerme,
solitario, su paz forjada en hierro,
musicalizada de palomas,
y aún perdura la ceiba legendaria,
que se apoya en el tiempo,
como esperando a que lleguen otras carabelas!...

Cuba indomulata,
—piel nocturna de tambores lucumíes—
por los túneles del ritmo hace correr la sangre
ancestral de las maracas.

Luces de Jamaica! Tecnicolor en fiesta,
“trailer” de la raza.

Curazao, calipsos, papiamento...
En Haití los bosques del vodú recuerdan
que Africa también es la esperanza.

Entre mis manos ardieron ciudades hipotéticas,
precipitadas antorchas del crepúsculo.
—¡Noches de Maracaibo! ¡Brisas de Barlovento!—
Aún en Panamá las mejoranas se humedecen
con el tácito rocío de las montañas,
cuyos elementales tamboritos
destilan el paisaje...

Los campos de Puerto Rico me mostraron
su férvido corazón de azúcar.
Y en el batey del jíbaro yo deletreaba
el más tierno abecedario vegetal.

He pastoreado mis vigiliass
frente a las brumas que se adelgazan
sobre las amables faldas del Guanacaste,
hechas para rodar la madrugada
bucólicas carretas de colores.
—Ya en una copla colombiana
me había asomado al corazón del hombre!—

*Pero en las tierras de Anáhuac,
¿qué invisible alfarero
plasmó los talles como jícaras
y los rostros morenos,
en el barro armonioso de las toltecas?
¿Quién dio a sus trenzas
ese suave reposo musical?
Entre colecciones de horizonte
—arco-iris de sarapes y rebozos—
de un extremo al otro de los trópicos
México policromiza sus canciones.*

*Ahora estas palabras,
nacidas junto al agro fraternal de las marimbas,
los bongoes ululantes,
y el mensaje de azufre y yodo que se anticipa
al índice imperturbable de los baupreses,
se fugan hacia una entraña de lonas y de mástiles
bajo la noche introvertida,
más allá de todos los naufragios...
Lo mismo que la proa de mis días
en pos de un jubiloso itinerario!*

(Del libro inédito: Un marincero canta en proa).

LA TINTORERA DEL MAR

En memoria de Luis Palés Matos

*En los goznes de la noche
—compadre Luis Palés Matos!—
giró una plena, gimiendo
muy cerca de nuestro lado:
—“La tintorera del mar,
la tintorera del mar,
la tintorera del mar
se ha comido a un americano...”*

*(La vida te supo honda,
marino de pelo blanco,
con tus musicales redes
alegrándote las manos).*

*En un caracol de sombras,
entre banderas y barcos,
iba la voz repitiendo
turbia de ron y tabaco:*

*—“La tintorera del mar,
la tintorera del mar,
la tintorera del mar
se ha comido a un americano...”*

Por San Juan de Puerto Rico
cientos de veces brindamos.
Debajo de las estrellas
iban los muelles danzando!

Pero Jennie, ¿a dónde iría
—la de inmensos ojos claros—
con su blusa marinera,
en esa noche de marzo?

Sus labios cosmopolitas
¿a quién estarían besando?
Lo que la brisa nos dijo
se confundió con el canto:

—“La tintorera del mar,
la tintorera del mar,
la tintorera del mar
se ha comido a un americano...”

Sin la sonrisa de Jennie
los buques iluminados
y hasta los sitios de siempre
se nos volvieron extraños!

Después, en San Juan contaban
que se fue para Chicago.
Y aún su recuerdo flota
sobre el puerto desolado.

Ya no hay plenas como aquella,
—compadre Luis Palés Matos!—
ni tú cantas bajo el cielo
ni van los muelles danzando!

¿Por qué soltaste tus lonas,
marino de pelo blanco,
para perderte en la noche
con tu canción y tu barco?

Llora mi nave sonora
con mástiles enlutados
al gran pescador de perlas
de los mares antillanos!
Y el eco triste se clava
dentro de mí, como un dardo...
Son versos de duro filo
que van las horas cortando:

—“La tintorera del mar,
la tintorera del mar,
la tintorera del mar
se ha comido a un americano...”

(Del libro inédito: *Un marinero canta en proa*).